

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3, 7-10): *Quien honra a su padre expía sus pecados.*

Salmo (127, 1b-5): *«Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos»*

2ª lectura (Colosenses 3, 12-21): *Sobrellevaos mutuamente y perdonaos.*

Evangelio (Mateo 2, 13-15.19-23): *Tomó al niño y a su madre y volvió a la tierra de Israel.*

Si algo nos resulta claro al hablar de una relación interpersonal entre los miembros de una comunidad es la voluntad de compartir el desarrollo de un proyecto en común libremente aceptado. Uno de los núcleos básicos de esa comunidad de personas ha sido la aceptación mutua y decisión libre del varón y la mujer de unir sus voluntades para consolidar el proyecto de constituir una familia. La fecundidad en el amor es la máxima garantía de la fidelidad de ese proyecto.

Desde esa dignidad que hemos reclamado para entender la fecundidad en el amor podemos comprender cierta dimensión de ejemplaridad en la Sagrada Familia a la hora de recuperar el verdadero sentido de la familia cristiana. Si nos alejamos de estos presupuestos e insistimos en la libertad del amor rehuyendo la fidelidad a compartir un destino de amor fecundo, pronto nos asediará la tentación de pensar que nos equivocamos a la hora de elegir ese destino común, y hasta es posible que descubramos que no teníamos en realidad un verdadero proyecto de vida familiar.

Resultaría mezquino o al menos sería una visión parcial, entender la fecundidad en el amor solamente como procreación. Entendemos que el amor es fecundo cuando genera vida, y lo es más cuando esa vida es más viva. Sin querer entrar en otros detalles nos atrevemos a pensar que el amor de José a María, la madre de Jesús, participó de esa fecundidad de amor que se hizo carne en Jesús, como realización plena del proyecto divino que compartió con María.

Jesús, María y José marcan la relación más íntima entre lo divino y lo humano en el plano sociológico, María con su purísima concepción expresa la ascendencia divina del Niño nacido de sus entrañas; carne humana la de María fecundada por el vigor y la energía de Dios Omnipotente, al que conocemos como la Tercera Persona de la Santísima Trinidad; carne humana la de Jesús, nacido del seno de María, preparado desde la eternidad para dar a luz al Hijo de Dios.

Esta expresión de la filiación divina, del misterio insondable del amor de Dios, toma forma sociológica en una familia visible que conoce y vive plenamente esta relación profunda que dignifica a todos los miembros que la componen. José encontró una razón poderosa para alejarse de ese misterio que se le hacía cada vez más conflictivo. Pero Dios dirige la historia y revela en sueños a José el papel dignísimo que le corresponde en el misterio de la Encarnación.

Penetrado de la Sabiduría divina, José acepta representar a Dios Padre, reconociendo que toda paternidad humana es pura analogía y tiene por modelo la paternidad de Dios. No reclama José ningún derecho, sólo agradece al Altísimo compartir con María la relación más íntima con Dios en el marco de una familia humana. Al integrarse en el misterio divino José es admitido como miembro de la Sagrada Familia. El amor de José a María cubre ese déficit que ante la sociedad pudo provocar el rechazo de un Hijo de Dios nacido de una virgen.

El Hijo de Dios nace, como cualquier niño de su tiempo, en el seno de una familia y es en esta familia de Nazaret donde Jesús, va a ir haciéndose hombre, donde se va a ir formando, donde el que es la misma Palabra va a aprender a leer la Palabra en la Escritura, donde va a aprender a ir a la sinagoga, donde el que va a ser el nuevo Templo de la nueva Alianza va a asistir al templo de Jerusalén. Jesús nace en el seno de una familia israelita creyente y cumplidora de la Ley y allí el niño *«Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres»*. Jesús, en su familia va forjando su personalidad y aprendiendo las tradiciones de su pueblo. Como cualquier niño de entonces y de hoy, crece y se forma dentro de una familia.

La primera lectura recuerda el respeto a los padres, según la sabiduría de Israel, pero que sigue teniendo vigencia muchos de los elementos recogidos. La Palabra de Dios nos recuerda una gran verdad para hablar de las relaciones de los hijos con los padres: Los padres son los colaboradores inmediatos de Dios en la transmisión de la vida. Por eso cuando Dios crea al hombre a su imagen y semejanza los crea varón y hembra con vistas a formar una familia que tiene que ser en el mundo el reflejo de la Trinidad: una comunidad de personas distintas unidas por el vínculo indisoluble del amor. Una familia donde tenemos que honrar y respetar padre y madre, para logra así desde el respeto y la honra a los padres que la familia sea una comunidad de vida y de amor.

Para lograr esto, la Sagrada Familia tiene que ser el modelo de toda familia cristiana donde los padres se sacrifican por los hijos y los hijos respetan y aman a los padres. José protege y cuida a su familia, esto le supone huir a Egipto para evitar la persecución y mantener a su familia con su trabajo en los años oscuros de Nazaret.

Sabemos perfectamente que la Iglesia venera la figura de María en sus diferentes solemnidades y fiestas, la de San José el 19 de marzo y el 1 de mayo y, por supuesto, la de Jesús, que es el centro y la clave del culto cristiano. Pero la festividad que hoy celebramos nos invita a contemplar la figura de Jesús, José y María formando una familia, la *“Sagrada Familia”*, la familia de Jesús que nos presenta la Iglesia como modelo de la familia cristiana. Esta festividad que proviene del siglo XVII fue establecida oficialmente el domingo siguiente a la Epifanía y san Pablo VI la sitúa definitivamente en el domingo siguiente a Navidad.